

# Escritos menores

Max Stirner

Selección, traducción, prólogo  
y notas de Luis Andrés Bredlow

# Índice

<i>Prólogo</i> .....	7
El falso principio de nuestra educación, o humanismo y realismo .....	25
Sobre la obligación de los ciudadanos de pertenecer a alguna confesión religiosa .....	57
Arte y religión .....	67
La libertad de oír .....	85
Los censores de Stirner .....	89
El mandato revocable .....	171
Imperio y Estado .....	175
Deficiencia del sistema industrial .....	185
El bazar .....	189
<i>Nota sobre la procedencia de los textos</i> .....	195

## El falso principio de nuestra educación, o humanismo y realismo

COMO NUESTRO TIEMPO ESTÁ bregando por la palabra apta para declarar su espíritu, se adelantan muchos nombres, y todos pretenden ser el nombre justo. Nuestro presente muestra por todos lados el más variopinto alboroto de partidos, y en torno al pútrido legado del pasado se juntan las águilas del instante. Pero los cadáveres políticos, sociales, eclesiásticos, científicos, artísticos, morales y demás abundan en todas partes, y hasta que no hayan sido devorados todos, el aire no quedará limpio y el aliento de los seres vivos seguirá oprimido por el hedor.

Sin nuestra intervención, los tiempos no sacarán a luz la palabra justa; todos tenemos que colaborar. Pero si tanto depende de nosotros en este asunto, es justo preguntarnos qué se ha hecho y qué se piensa hacer de nosotros; preguntamos por la educación por

medio de la cual se trata de capacitarnos para llegar a ser los creadores de aquella palabra. ¿Se cultiva concienzudamente nuestra aptitud para convertirnos en *creadores*, o se nos trata como a meras *criaturas*, cuya índole no admite más que el adiestramiento? La cuestión es de tan capital importancia como pueda serlo la que más de entre las cuestiones sociales; y es más: es la más importante de todas, dado que las otras descansan sobre esta, que es su base última. Sed valerosos, y vuestras obras serán de valía; que sea «cada uno perfecto y cumplido en sí», y vuestra comunidad, vuestra vida social, será cumplida y perfecta también. Por eso nos ocupamos ante todo de qué se hace de nosotros en el periodo de formación; la cuestión de la escuela es una cuestión vital. Y eso, por cierto, salta lo bastante a la vista hoy en día: hace años que en este terreno se viene polemizando con un ardor y una franqueza que superan con mucho los que encontramos en el campo de la política porque no tropiezan con los obstáculos de un poder arbitrario. Un venerable veterano, el profesor Theodor Heinsius, que, al igual que el difunto profesor Krug,<sup>8</sup> ha conservado el vigor y el empeño hasta

---

8 Wilhelm Traugott Krug (1770-1842), filósofo kantiano y crítico del idealismo posterior, sucesor de Kant en la cátedra de Königsberg en 1805 y posteriormente rector de la universidad de Leipzig, conocido también por su contribución a la refor-

la más avanzada edad, está tratando últimamente de reavivar el interés por esa cuestión por medio de un breve escrito, que titula *Concordato entre la escuela y la vida, o mediación entre el humanismo y el realismo, considerados desde el punto de vista nacional* (Berlín, 1842).<sup>9</sup> Dos partidos están disputándose la victoria, y cada uno quiere recomendar a nuestra demanda su propio principio educativo como el verdadero y mejor: los humanistas y los realistas. Sin querer malquistarse con unos ni con otros, Heinsius habla en el librito con la dulzura y mansedumbre reconciliadora de quien cree hacer justicia a ambas partes y, con ello, hace la mayor injusticia a la causa misma, porque a esta solo se le sirve con resolución tajante. Pues este pecado contra el espíritu de la causa es y sigue siendo el patrimonio inalienable de todos los mediadores blandengues. Los «concordatos» no ofrecen más que un expediente para los cobardes:

---

ma del sistema universitario (*Entwurf zur Wiedergeburt der Universität Leipzig und anderer Hochschulen* [“Bosquejo para el renacimiento de la universidad de Leipzig y de otras universidades”], 1829) (N. del t.).

- 9 *Concordat zwischen Schule und Leben, oder Vermittelung des Humanismus und Realismus, aus nationalem Standpunkte betrachtet*, Schultze, Berlín, 1842, de Theodor Heinsius (1770-1849), educador, lingüista y lexicógrafo (N. del t.).

¡O sí o no! ¡Franqueza de varones!  
«¡O esclavo o libre!» sea nuestro grito.  
Bajado han del Olimpo ya los dioses  
Y luchan en la almena del partido.<sup>10</sup>

Antes de abordar sus propias sugerencias, Heinsius traza un breve bosquejo de la evolución histórica a partir de la Reforma. El periodo comprendido entre la Reforma y la Revolución (quiero limitarme aquí a afirmarlo sin justificación, porque pienso exponerlo con más detalle en otra ocasión) es el periodo de la relación entre mayores y menores, entre amos y servidores, entre poderosos e impotentes: en una palabra, el periodo de la sumisión. Aparte de cualquier otro motivo que pudiera justificar la superioridad de

---

<sup>10</sup> Versos del poema «Die Partei» («El partido») de Georg Herwegh (1817-1875), por entonces colaborador asiduo de la *Rheinische Zeitung*, en la que apareció este texto de Stirner, y próximo a los jóvenes hegelianos; su ruptura con los «Libres» de Berlín, hacia finales del mismo año 1842, será el primer inicio de la escisión —que se hará definitiva a lo largo del año siguiente— entre la corriente renana de Ruge, Hess y Marx, cada vez más comprometida con la política democrática radical, y el círculo berlinés de los hermanos Bauer, Stirner y Buhl. El poema de Herwegh —respuesta apasionada a un texto de Freiligrath en que se ensalzaba una poesía «por encima de los partidos»— apareció por primera vez en las *Sächsische Vaterlands-Blätter* («Hojas patrióticas sajonas»), vol. 2, n.º 14, 1842 (N. del t.).

unos sobre otros, la *cultura* era un poder que elevaba a quien la poseía por encima del impotente que carecía de ella; y dentro de su círculo, por grande o pequeño que fuera, el hombre culto pasaba por ser el poderoso, el grande, el que imponía respeto: pues era una *autoridad*. No todo el mundo podía estar llamado a ejercer tal dominio y autoridad; por lo cual la cultura no era para todos, y una cultura general contradecía aquel principio. La cultura otorga superioridad y hace señores a quienes la poseen: así que fue, en aquella época de señores, un *medio* para el señorío. Pero la Revolución rompió con aquel tinglado de señores y criados, y nació un nuevo principio: que cada cual sea *su propio amo y señor*. De ahí derivaba la consecuencia necesaria de que la cultura, que nos hace señores, debiera ser de ahí en adelante una cultura *universal*; y la tarea de encontrar la cultura verdaderamente universal se presentaba por sí misma. La aspiración a una cultura universal, accesible a todos, tuvo que salir al combate contra la cultura exclusiva, que se defendía con tenacidad; también en este terreno la Revolución tuvo que desenvainar la espada contra el orden señorial del periodo de la Reforma. La idea de la cultura *universal* se enfrentaba a la cultura *excluyente*, y, a través de varias fases y bajo diversos nombres, la guerra y la batalla